

**Diego BERNARDINI.** *De vuelta. Diálogos con personas que vivieron mucho (y lo cuentan bien)*. Buenos Aires: Aguilar, 2015. 346 pp. ISBN: 978-987-735-104-0.

La aproximación al conocimiento de una sociedad admite diferentes avenidas que configuran el corpus académico. La obtención de datos que luego puedan ayudar a responder preguntas trascendentales es un procedimiento obligado. Los datos pueden ser manejados de distintas maneras en función de sus características, así como de su propio volumen. Su tratamiento admite la aplicación de técnicas de investigación muy diversas que, de manera simplificada, van de aquellas en que domina lo cuantitativo a otras donde la presencia de lo cualitativo se impone; en un espacio equidistante se admiten también visiones intermedias imbuidas de cierto eclecticismo. De las investigaciones llevadas a cabo que conozco no es frecuente encontrar trabajos como el presente en los que los informantes clave que vuelcan su conocimiento y su experiencia en entrevistas en profundidad sean personas pertenecientes al grupo etario conocido popularmente como «tercera edad».

Diego Bernardini, un investigador en el área de la salud pública, realiza veintidós largas entrevistas a quince hombres y siete mujeres de edades comprendidas entre los 71 y los 95 años. Si, como señala en las páginas de presentación del volumen, «la vejez toma formas diversas», de la lectura del libro se colige que, a su vez, la vejez puede ser una variable independiente muy rica explicativa de problemas muy diferentes. Teniendo como fondo Argentina, el libro se mueve desde la evolución del proceso político nacional hasta la de la misma sociedad, sin dejar de lado cuestiones vinculadas con el sentido de la vida y aquellas otras ligadas con el propio envejecimiento, máxime si, como se señala, se envejece como se ha vivido, así como con el aprendizaje a envejecer. Todo ello en un contexto signado por la transformación demográfica que envuelve al momento actual y cuando la solidaridad intergeneracional –uno de los valores humanos por excelencia– se alza como determinante.

Aunque el autor no explicita el criterio de selección del grupo entrevistado, una circunstancia que la ortodoxia metodológica siempre recriminaría, el grupo informante tiene un sesgo evidente hacia personas que en gran medida permanecen todavía activas y que se mueven en ambientes de un claro común denominador intelectual y de adscripción política ligeramente próxima al radicalismo porteño. Se registra una fuerte presencia de académicos, escritores, artistas, abogados, políticos, arquitectos y médicos. Personas cuyo matrimonio duró toda una vida se contraponen con otras que vivieron un rosario de lances; individuos, algunos, que estando solos gozan de su soledad y son felices con lo mínimo en un marco en donde domina el hecho de no ser dependientes y la mortificación del cansancio frecuente. Testigos de una sociedad con un tronco fundamental en la emigración donde pareciera que las tres cuartas partes se han sicoanalizado alguna vez. Gente que dice no arrepentirse de nada en la vida, salvo de «haber hecho daño a alguien» (Graciela Fernández Meijide), y que se muestra satisfecha de lo llevado a cabo, o que no tienen miedo a la muerte aunque sí a la degeneración, al deterioro galopante que les deje sin el raciocinio, que mantienen la pulsión de «morir sano... morir con dignidad» (Jack Fuchs).

Un ejercicio de aprendizaje en el seno de una etapa de la vida que no es objeto de estudio frecuente desde las ciencias sociales y que se prolonga para una gran mayoría hasta límites que eran considerados hasta hace poco como auténticas quimeras. Personas para las que envejecer supone quedarse sin interrogantes (Luis Felipe Noé). Un periodo inopinado de júbilo, pero también de trasvase de lo vivido, sin moralina alguna, ni sin la pretensión de querer alzarse como consejeros áulicos, pero a la vez siendo conscientes de la ambición por la trascendencia. Creer «que uno tiene la edad que quiere» (Carlos Garaycochea), tomar conciencia de que «la edad es un detalle... mientras queden cosas por hacer» (Julio Bárbaro) y asumir sin dramatismo alguno que «hay una cosa que a mí me da tranquilidad y es que no tengo futuro» (Beatriz Galer).

El doctor Bernardini conduce con brillantez las conversaciones hasta límites insospechados de la intimidad de los entrevistados que, no obstante y reconociendo no haber sido jamás interpelados hasta tal nivel, responden abiertamente generándose un clima de confianza extrema y de veracidad absoluta convirtiendo al libro en un documento-testimonio de insuperable valor. Los sentimientos religiosos, el sexo, el balance vital aparecen sin tapujo alguno hilvanándose con un relato que se mueve según varios registros. El diagnóstico sobre los problemas vividos tanto en el ámbito político como en el marco social de personas que tuvieron papeles destacados en su momento (Aldo Ferrer, Eduardo Menem, Julio César Strassera, la ya citada Fernández Mejjide), pero también de las restantes que fueron meros testigos y que representa otra faceta del trabajo producido. Si, como afirma Juan José Sebreli, «escribir es corregir», las semblanzas recogidas a lo largo del libro suponen una escritura que increpa a las historias oficiales de la Academia canónica. No importa la pérdida de la memoria, máxime cuando solo se trata de la inmediata, porque queda la capacidad de transmitir el significado de la vida en un conventillo (Luis Grossman).

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Universidad de SALAMANCA*